

# LO QUE TÚ DEBES

**P**IENSA siempre que todas las cosas que te rodean son fragmentos dispersos de la variadísima dispersión de la unidad, que Dios te envía.

¿Por qué eligió El para tí entre tantos millones de seres, estos familiares, estos amigos, esta red infinita de objetos y cosas que encuadran tu vida? Seguramente te los envía porque les eres deudor de algo. Penetra, pues, con tu voluntad y tu querer sus deseos más íntimos formulados vagamente en el sagrario divino de su alma cerrada, como el primer paso de la realización que Dios te exige para ellos, y calladamente, como si obedecieras un alto mandato previo, ábrete discretamente en aromas, como una flor al beso de la alborada, y ofrécete.

Piensa que cada gesto característico de lo inanimado, cada

mirada de lo viviente, cada palabra humana, hasta cada puntito luminoso del cielo que parece señalarte un paso de luz en la ruta de la gloria, encarna una súplica dirigida a tí. Una súplica a tu amor.

¿Dudas? ¿Crees que existe un solo ser que no ama, que no ansía, que no adora? Toda vida, por ínfima que aparezca confundida en el moviente campo de la vasta existencia, es como un ávido tronquillo que se encarama para ofrecerse engalanado al día con el policromo don de la ansiada aurora. ¿Puedes dar un regalo de luz de la amorosa aurora de tu alma? ¿No has pensado nunca en la callada demanda que palpita el mundo y que su sola presencia ante tí entraña?

Si alguien negara ante tí la eternidad porque no la viera, prodiga al ciego la más ardiente de tus caricias, la más cálida de tus palabras, y aguarda. Que una sola frase de cariño guardada entre la hiel de un corazón amargo, será algún día para el protervo, cuando en silencio la guste, más dulce a sus labios hambrientos.

Y el recuerdo del zumo de amor dulcísimo, hará nacer luminoso de sí mismo el Dios negado, como la riente sorpresa del primer rayo del alba sobre la tierra oscura...

Lo que quieren de tí las cosas y las almas, son regalos de amor, son besos de eternidad.

Mira, observa, escucha.

¿Ves? ¿Por qué si no, acercan a tí sus cabecitas mimosas, sus bocas hambrientas, sus miradas ansiosas, sus bracitos suplicantes? Fija tu mirada en este signo misterioso como un símbolo sagrado que marca el carácter propio reflejado en la faz de cada cosa. Es como un interrogante ansioso y vivo que se prolonga en la espiral de una esperanza infinita sobre el punto incommovible de la amorosa espera.

Baja de una vez de tu torre altiva, alma solitaria donde vagas voluntariamente cautiva; desciende del trono de la separatividad en cuyos brazos de oro que fingen garras frías desgarraste estérilmente mil ocasiones perdidas de felicidad a los hombres, de obediencia a los dioses.

Desciende al llano, entre las flores silvestres, indefenso y desnudo, maravillado aun del milagro de tu propio paso, y escudado

sólo con tu sonrisa, envuelto en la túnica de tu pureza más impenetrable que la férrea malla, confiado en el poder de tu hermosura, no temas ni fieras ni zarzas. Sonríe a las primeras, y bajo el encanto que derrames, caminarán sumisas ante tí, y librarán, callando, los zarzales de tu sendero. Déjalas que te precedan, y andarás más seguro.

Despierta a tu paso, como el sol naciente a las dormidas flores y aparta el arbusto que les da sombra. Si el rocío de la felicidad no las baña, préstales la humedad de tus labios sonrientes. ¡Cuán dulces son los besos del blanco caminante cuando falta el rocío de la felicidad sobre la seda de unos pétalos marchitos!

Acaricia las hierbas si falta el viento, al pasar, y el soplo suave y perfumado que levanten los aleteantes pliegues de tu túnica clara, será para ellas más grato que el fluídico don de las brisas. Deja que la orla de tu traje roce y bese el polvo de tu camino. Y si un día hallares una piedra en medio de él, en lugar de evadirla rodeándola, descansa un instante sobre ella. Después levántate fortalecido, mira al cielo, y sigue sonriente tu camino de amor...

Tu cariño, tus ternuras, las caricias de tus manos, el consuelo de tus palabras que se desgranán sobre la aridez de los humanos trigales, la euritmia de tu cuerpo y de tu paso que brindas y unes a la armonía del paisaje, el centelleo de tus miradas que ofreces a las rutilantes lamparillas del cielo, el hálito suave de tu soplo y de tu aroma, hasta las mismas huellas de tus pies desnudos, deben ser las monedas de oro con que pagas tus deudas al cielo, a la tierra, a los hombres, a los animales, a las cosas.

Y verás entonces, ¡oh caminante de alba túnica!, que lo que das a la vida que te rodea como el pago de una deuda anticipada, es recibido por ella, invocando el nombre de tu Dios, para tus dichas, como ofrendas y venturas y regalos...

Cuando ofrezcas cuanto tienes como pagos amorosos de tus deudas de amor, peregrino del camino afortunado, volverán a tí tus regalos y tus dones ofrecidos, como tributos de nuevas deudas de gratitud rendidas a tus pagos primeros...

Este es el debe y el haber que anota en el libro de sus destinos, el cajero de los tesoros de la divinidad.

Pero acuérdate siempre de que siempre debes... Que hasta en

la cumbre roqueña del monte humano, no acabarán tus deudas; pero hasta allí no empezarán tus verdaderas dádivas...

Sigue tu camino de amor, y brinda incansable y sonriente tu querer a todo...

¿Por qué si no pondría Dios entonces a tu vera elegidos entre millones y millones de seres estos padres, estos hijos, estos hermanos, estos amigos? ¿Por qué inclinan sus tallos, torciéndose ante tí estas flores? ¿Por qué atrae tus miradas este cachito de cielo suspendido sobre tí de los cielos infinitos?

¿Por qué te miran, huidas de la celeste corte innumerable del firmamento, estas estrellas perdidas, llamándote con el ansia amorosa de sus destellos parpadeantes?

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS.